Historia maravillosa de Roberto

Madrid

[1894?]

Reel: 41 Title: 7

(CUATRO PLIEGOS.)



HISTORIA MARAVILLOSA

DE

ROBERTO EL DIABLO

HIJO DEL DUQUE DE NORMANDIA

EL CUAL DESPUÉS FUÉ LLAMADO

HOMBRE DE DIOS

Escrita por Juan de la Puente y corregida en esta edición.

DESPACHOS:

MADRID	BARCELONA
Hernando, Arenal, 11.	Bou de la Plaza Nueva, 13


ES PROPIEDAD

HISTORIA MARAVILLOSA

DE

ROBERTO EL DIABLO.

CAPITULO PRIMERO.

Casamiento del duque Normandía con la duquesa de Borgoña.—Disensiones domésticas por falta de sucesion.—Ofrecimiento diabólico de la duquesa en un ucceso de desesperacion.

En el reino de Francia, provincia de Normandía, hubo un duque muy noble, discreto y esforzado, el cual se llamaba Auberto, cuyos hechos y hazañas en las crónicas francesas se hallan patentemente declaradas, de las cuales dejo de hablar por no ser prolijo, y solamente diré lo que á esta historia concierne.

Determinó este duque reunir córtes en una villa llamada Vernon, á las cuales fueron llamados los señores, varones y caballeros de todo el ducado de Normandía; y como el duque Auberto se hallase en eatsdo de soltero, despues de unidos en córtes, y ventilados los asuntos que debian de tratar, fué requerido el duque por los caballeros á que se dignase tomar estado; el cual deseando el bien comun de sus pueblos, y conociendo que la demanda de los caballeros era muy puesta en razon, les dijo que propusiesen con quién se podria casar que le fuese mas honroso y de provecho para sus Estados, y que pues su contento era el de satisfacer sus ruegos, les fijaba un término para reflexionar en ello.

De allí á pocos dias se le presentaron unos comisionados, y le dijeron que el duque de Borgoña tenia una hija, muy dotada de virtudes y de estremada hermosura, la que si tenia por bien podría ser demandada; el duque despues de un rato de reflexion, les dijo que viniesen á otro dia por la contestacion; luego mandó llamar algunos sábios de su córte para consultar con ellos y tomar su consejo. Despues que los sábios hubieren muy bien discutido sobre ello, dijéronle que no desechase la propuesta de los caballeros, porque de verificarse tal enlace le procedia honra y provecho á sí mismo y á la república. Al otro dia reuniendo sus caballeros, ordenó enviar una embajada al duque de Borgoña, del cual fué bien recibida; y aceptada su pretension.

El duque Auberto hizo traer su prometida á Normandía, acompañada de muchos varones nobles, de dueñas y doncellas, y llegados que fueron á la ciudad de Ruan, se verificaron los desposorios y se celebraron las fiestas y las diversiones con asombrosa solemnidad, las cuales dejaré de referir por huir de prolijidades, y seguiré lo que sea mas interesante á la presente historia.

El duque Auberto y la duquesa, su esposa, vivieron en conyugal compañía sin tener fruto de bendicion por espacio de diez y siete años, por lo cual se hallaban poseidos de una gran tristeza, y no cesaban de hacer muchas limosnas y otras obras pias, rogando con mucha humildad á Dios les diese fruto de bendicion; especialmente, el duque hacia celebrar misas, casar huérfanas y otras obras de piedad. Estando un dia el duque y la duquesa holgando en un jardin, como el duque jamás estuviese sin algo de incomodidad, hubo de decirle algunas razones indecorosas á la duquesa, cuya señora con muchas lágrimas, le repuso: señor, en nada de esto me parece que tengo culpa; que ni yo fuí causa de nuestra union, aunque consentí en ella, ni tampoco está en mi mano el concebir, sino en la voluntad de Dios; y pues á él no complace darnos heredero, no me parece cordura vivir con tanta tristeza y pesadumbre, sino darle contínuas gracias, y conformarnos en todo lo que él fuére servido. Viéndola el duque tan enojada, no habló mas de aquel caso, antes la consoló cuanto pudo; pero no por eso entró la alegría en su corazon.

Con el disgusto que se notaba en el duque, estaban asimismo los caballeros muy apesadumbrados, los cuales, como siempre pensasen en darle placer por apartarle de tan tristes pensamientos, le rogaron un dia que fuese á caza, y él, conociendo los buenos deseos, salió con ellos al monte. Entrados en él con multitud de perros, les salió un ciervo grande y muy ligero, y como sintiese los cazadores, tomó el camino de la sierra; siguiéronle los caballeros y toda la demas gente, quedando el duque solo, que muy poco se le daba por el ciervo, porque tenia el corazon muy turbado y envuelto en otros diversos pen-

samientos, siendo tanto lo que sentia y oprimia su corazon que casi cayó en una especie de abatimiento. Estuvo así, hasta que vino la gente con el ciervo muerto, y dando la cacería por concluida, subió el duque en una hacanea marchándose con la comitiva para la ciudad.

La esposa del duque poseida tambien de una profunda tristeza, acompañada de cierta especie de delirio, se puso en un estado completo de postracion, lo cual la obligó á guardar cama, y aunque la decian que el duque venia y traia un ciervo muerto, no hacia el menor caso de ello. Entrado el duque en palacio, como no viese á la duquesa, preguntó por ella; y luego que oyó que estaba en la cama muy desazonada, la fué á ver y la dijo: esposa mia, así el Señor fuere servido de que tu indisposicion fuesen los síntomas de un embarazo y parieseis un hijo para que nuestros Estados disfrutasen despues de nosotros paz y prosperidad; á cuyas razones respondió la duquesa con grande agitacion: *así fuera cierto mi embarazo, aun cuando fuese á costa de ofrecer al diablo el fruto de mis entrañas:* y por desgracia así lo hizo.

CAPITULO II.

Nacimiento de Roberto y tempestad que hubo al darle á luz.—Sucesos notables de su infancia.—Perversidad demostrada en sus inclinaciones.

Por voluntad de Dios concibió la duquesa un hijo, que fué muy diestro y perverso en todas maldades; mas por la gracia Divina, hizo despues digna penitencia de sus pecados como en adelante diremos. Trajo la duquesa nueve meses el hijo en sus entrañas, y estuvo de parto un mes entero. Pensaba el duque y todos los de palacio que feneceria, pero plugó á Dios que pariese, aunque no sin gran trabajo, porque se singularizase este maravilloso hecho.

En la hora que nació el niño, como se halla en las crónicas francesas, sobrevino una niebla muy espesa, que cubria toda la ciudad y parecia media noche; tronaba y centelleaba de tal suerte, que todos pedian misericordia á Dios, pensando que la ciudad se hundia. Duró esto cuatro horas; despues abrió el tiempo, y parecia que el cielo estaba encendido en llamas de fuego; los relámpagos continuaban con tanta rapidez, que cegaban á la gente; los vientos chocaban unos con otros, que temblaban las casas hasta los cimientos; el palacio en donde parió la duquesa fué tan maltratado de la tempestad, que gran parte de él se arruinó, y pensaron los que en él estaban perder las vidas; mas por la gracia de Dios y la intercesion de nuestra Señora, cesó la

tempestad. Fué llevado el niño á bautizar, y le pusieron por nombre Roberto; las jentes acudian á verlo por maravilla, porque de dos dias de nacido parecia que tenia un año. Al llevarlo y traerlo de la iglesia, jamás su boca se cerró, dando tales gritos, que todos se maravillaban de ello. Fué dado á dos amas para que lo criasen; mas á los tres meses tuvo todos sus dientes y muelas, con las cuales mordia á las amas y las quitaba los pezones de los pechos; por esto fué necesario darle de comer y beber cuanto antes. Apenas tuvo un año, andaba y hablaba tan bien como otros niños de cinco años; pero cuanto mas crecia mas se deleitaba en hacer mal; y cuando encontraba algunos niños les heria y maltrataba con palos y con piedras, los golpeaba y rasguñaba; y en fin, en cualquier parte que estuviese jamás cesaba de hacer mal, y destruir cuanto le venia á las manos.

Creció en cuerpo, y maldades, en tanto grado, que los que tenian hijos no los dejaban salir de casa por temor de que Roberto les encontrase. Algunas veces se juntaban muchos niños para pelear con él, mas no porque fuesen muchos, dejaba de acometerlos con piedras ó con palos, y algunas veces le descalabraban, pero siempre habia muchos de ellos heridos y maltratados, así que cuando le veian decian todos: ahí viene Roberto el Diablo! cuyo nombre le quedó por mucho tiempo.

Si veian que eran pocos para resistirle, poníanse todos á huir, y algunas veces los seguia hasta entrar en sus casas, pero por ser de quien era no osaban sus padres ni parientes castigarle ni enojarle, antes le halagaban dándole frutas y otras cosas que los niños desean; mas ni por eso pudieron jamás conseguir de él la menor correccion; pues era de condicion tan perversa, que sus deseos se fundaban solo en la maldad y las obras eran en un todo conforme á ellos.

Tendría Roberto unos siete años, cuando el buen duque, su padre, informado de su mala condicion, pensó poner enmienda en él por medio del estudio; un dia le mandó llamar y le dijo: hijo, ya es tiempo que aprendas de educacion y ciencia, pues que Dios te dió habilidad para ello, porque en todo tengas ventaja á tus vasallos. Con esto mandó venir un honrado varon que en las ciencias era muy docto y en toda enseñanza muy práctico, y le dijo, que de allí en adelante tomase el cargo de educar á su hijo Roberto; que le enseñase á leer y escribir, y le instruyese en crianza y buenas costumbres. A todo esto no habló palabra Roberto; y con la cabeza inclinada volvia la vista ya al duque, ya al maestro, el cual se despidió del duque llevándose á Roberto consigo. Este se escondió un agudo cuchillo en la manga, para dar con él á su maestro si quisiese castigarlo; y habiendo Roberto un dia herido y apedreado á otros muchachos, quejáronse sus padres al maestro, y queriéndole este castigar, dió á su discípulo un bofeton, pero él cando su cuchillo, le dió tan fuerte estocada en el pecho, que cayó

tendido en el suelo; despues se marchó maldiciendo la ciencia y quien se la enseñaba, diciendo que de allí en adelante no consentiría que ningun superior le castigase. No osó despues ninguno tomar á su cargo el enseñarle, ni se atrevia nadie á repreuderle del mal que hacia. Así seguia libremente su voluntad, apartándose de toda razon: sus obras eran de diablo mas que de hombre; nunca iba á la iglesia sino fuese por meter ruido, injuriar á alguno, por hacer burla de los sacerdotes ó de los que rezaban; su lenguage era maldecir, jurar y renegar. Viendo el duque y la duquesa la perversidad de su hijo, no estaban menos tristes por eso que antes de su tan deseado nacimiento.

CAPITULO III.

Roberto es armado de caballero.—Comete grandes desórdenes y atropellos en un torneo.—Parte de la ciudad de Ruan.—Se entrega á toda suerte de escesos.

Siendo ya Roberto de diez y siete años, dijo la duquesa á su esposo que le parecia ser muy conveniente que á su hijo Roberto se le armase de caballero, y de este modo conseguirian tal vez hacerle variar de condicion, y aprenderia las reglas y buenas costumbres de sus nuevos compañeros, á cuyas razones dijo el duque que le parecia bien.

Para llevar á efecto con toda formalidad dicha ceremonia, mandó el duque reunir á su córte todos los principales señores de sus Estados, y delante de ellos hizo comparecer á su hijo Roberto, y le dijo: hijo, conformándome con el parecer de estos nobles señores, he ordenado de armaros caballero, porque de aquí adelante os acostumbreis á tratar con los caballeros, aprendais su cortesania, y troqueis vuestras condiciones malas y viciosas por ser juicioso y honrado como la órden de caballería manda. Y Roberto dijo á eso: señor, yo haré lo que me mandeis, respecto á ser armado caballero, pero tocante á mis condiciones no me hable nadie de ello, porque tengo hecho propósito de seguir mi voluntad y capricho toda mi vida.

Aquella misma noche veló Roberto en la iglesia, como es costumbre á los que han de ser armados caballeros, y en toda ella no cesó de molestar á los que estaban en el templo para su compañía, sin hacer ningun aprecio de la honra que habia de recibir. Venido el dia, fué armado caballero con la celebridad y ceremonia que en este acto se requeria. De allí á algunos dias, el duque hizo publicar unas justas, á las que vinieron damas y caballeros de diversas partes; lle-

gado el dia señalado, Roberto fué armado de muy lucidas armas, y montando en un brioso caballo entró en las justas, y del primer encuentro mató á un caballero principal, y en poco tiempo no quedó en todo el palenque quien se atreviese á encontrarse con él; pues en breve rato derribó hasta diez caballeros con sus caballos; en vista de lo cual se mandó cesar las justas, mas ni por eso dejaba Roberto de herir á una parte y á otra, sin miramiento alguno, hasta que el pueblo se movió contra él para contenerle. Fueron las nuevas al duque su padre, que á la sazon se habia ausentado; volvió luego á gran prisa al lugar de las justas, y mandó á Roberto que dejase las armas y se saliese de la plaza; mas ningun caso hacía, ni que lo mandase el padre, ni se lo rogase el pueblo; pues no dejó de herir y atropellar á cuantos le venian á las manos, viéndose precisados á abandonar la plaza, saliéndose todos en tropel llenos de vergüenza y coraje por tener que huir como vencidos por un jóven atolondrado, superior á ellos solo en categoría, pero no en valor.

Grande fué el enojo de los caballeros en vista de los desórdenes cometidos por el imprudente Roberto, y en sus ademanes al retirarse daban bien á entender que el resentimiento que con harto pesar suyo habian disimulado hasta entonces, solo pudo ser contenido por los respetos debidos al duque, quien por su parte trató de apaciguarlos, dándoles las mas cumplidas satisfacciones.

Cuando Roberto vió que no hallaba con quien pelear, se salió de la plaza; mas no quiso ir á palacio por el enojo que su padre tenia, y juntándose con algunos de su condicion, salió de la ciudad con ellos cometiendo toda clase de escesos: entraba en las aldeas, atropellaba á las mugeres, maltrataba á los hombres y perseguia las doncellas. Tantas maldades hacia, que llegaban de muchas partes quejas á su padre: todo eran llantos y lamentos, y era tanto el sentimiento que tuvieron el duque y la duquesa por las infaustras nuevas de su hijo, que poco les faltó para perder la vida; el único remedio que para ello tenian era encomendarse á Dios, rogándole humildemente los consolase y trajese á su hijo á la verdadera carrera de salvacion, haciendo muchas limosnas y otras obras de piedad, y socorriendo con sus haciendas á los menesterosos, con el fin de lograr su peticion.

Un caballero de los mas principales de la ciudad y que gozaba de mas confianza con el duque, pesaroso de la multitud de desgracias que ocasionaba aquel desgraciado jóven por todo el pais, trató de ver si podria poner remedio á tantas demasias; presentóse al duque y le dijo: señor, á mí me parece seria conveniente que vuestra señoría mandase llamar á Roberto amonestándole, que deje el mal camino que hasta ahora ha llevado, y amenazándole que le castigareis posponiendo al amor paternal todo el rigor de un padre irritado, por el primer yerro

que en adelante cometiese; y tal vez el temor le desviará de lo que vuestra lenidad ni ruegos de los vasallos pudiera conseguir. Aprobaron los duques las razones del caballero, y acordaron hacerlo así; al instante se mandó disponer ciento sesenta soldados de á caballo, los hizo dividir en diez y seis partidas, y mandóles que cada una con su gefe buscasen á su hijo por todo el territorio hasta encontrarle, y hallado que fuese, le dijesen como el duque su padre le rogaba que por su bien se viniese á la córte á cumplir con su deber; pero si le hallaren obstinado en su empeño, que le intimasen de que hacia juramento á la órden de caballería de hacerle prender á viva fuerza y castigar cruelmente con todos sus cómplices. Partieron prontamente, y de allí á pocos dias supieron estaba en un monte con una cuadrilla robando y matando á cuantos hallaban por caminos y caseríos. Se fueron para el monte diez de á caballo; y entrados en él, se hallaron cercados muy presto de treinta bandoleros armados, los cuales cargaron hostilmente sobre los soldados; estos, sin ponerse en defensa alguna, les dijeron eran enviados por el duque de Normadía en busca de su hijo Roberto: al oir esto, se contuvieron y los llevaron á donde estaba Roberto; los soldados y el gefe se apearon, y este dijo á lo que el duque les mandaba: luego que Roberto oyó las amenazas de su padre, comenzó á maldecir la hora de su nacimiento, los padres que lo enjendraron, y renegando de cuanto hay sagrado; luego en su desesperacion mandó atar á los infelices soldados de pies y manos, y con un cuchillo les sacó los ojos; despues les dijo se volviesen para el duque su padre (acompañados de un paisano), y le dijesen que por causa suya y por la amenazante embajada que trajeron, habian recibido aquel galardon de su hijo Roberto. Llegados los soldados á la córte así mutilados, fueron presentados al duque, el cual en vista de tal atrocidad y despues de reunir su consejo para resolver lo que en tal caso se habia de hacer, para evitar ulteriores desastres, mandó pregonar en todos sus Estados, que todo hombre que fuese apto para llevar armas, estuviese pronto para ir en persecucion de su hijo Roberto y sus compañeros, para que vivos ó muertos fuesen llevados á la ciudad.

CAPITULO IV.

La guarida de asesinos en el monte.—Entrevista de la duquesa y su hijo. —Arrepentimiento de Roberto.—Destruccion de los malhechores.

Cuando Roberto supo el bando que su padre habia dado por todos sus dominios, se entregó á la mas grande desesperacion. Iba por el monte como leon rabioso dando gritos y bramidos, llamando á gran-

des voces los diablos, ofreciéndoles su cuerpo y alma; y á ellos solamente pedia ayuda y favor, y con tales despropósitos salia muchas veces á un camino, y si por desgracia hallaba á algun infeliz viajero, lo mataba por valiente que fuese, porque era hombre de grandes fuerzas y diestro en todo; y no contento con aquello, á unos sacaba el corazon, á otros descuartizaba y echaba por el monte, á otros desnudaba y colgaba por los pies en un árbol; en fin, otras muchas crueldades que estremecerian el referirlas.

Sabiendo que se llevaba á cabo la reunion y apresto de la gente que mandaba su padre para prenderle, se internó con sus compañeros por el monte adelante, y en un sitio escabroso mandó construir una especie de fuerte para reunirse y defenderse cuando llegase el caso; hecha la casa fuerte juntaron mas jente, acojiendo hasta ladrones y jentes de mal vivir. Continuó Roberto por algun tiempo en hacer maldades; salia con sus compañeros por todos los caminos, matando y robando á cuantos encontraban; entraban en los lugares y aldeas, asolaban y quemaban casas, maltrataban horriblemente á sus pacíficos habitantes, y tanto se escedieron en sus crueldades, que toda la comarca estaba atemorizada, no atreviéndose la gente á andar por los caminos á veinte leguas al rededor del monte.

Un dia se separó Roberto de sus compañeros, y andando por el monte mirando á todas partes, escuchando si descubria á alguno para ejecutar en él su malignidad; tanto anduvo, que se encontró con tres ermitaños muy viejos, y se alegró tanto de verlos, así como el cazador cuando se le presenta el venado, el galgo, la liebre, y el lobo con el ganado; y tan luego como les acechó fué corriendo para ellos, y sin recibir de su parte resistencia alguna de palabra, ni menos de hecho, les cortó las cabezas y se salió del monte; luego andando por el camino se encontró con un pastor, el cual temiendo le matase, fué á echarse á sus pies, pidiéndole por merced que no le quitase la vida, pues tenia que darle una comunicacion importante. Roberto entonces le preguntó por el duque su padre, y el pastor le dijo: que se habia marchado á la córte del rey de Francia, y que la duquesa estaba en un castillo una legua de allí; Roberto le perdonó por las noticias que le dió. Se fue corriendo para el castillo, y como la gente del lugar y del castillo le viesen venir, todos se escondian y se encerraban en sus casas porque llevaba Roberto la espada en la mano, y las manos, pecho y vestidos teñidos de sangre de los ermitaños que habia degollado; llegó á la puerta del castillo, y no hallando portero alguno, ni otra persona que le diese ninguna noticia, se quedó muy maravillado. Apeóse del caballo y entró en el castillo; los que estaban en las primeras habitaciones comenzaron á decir á grandes voces: ¡que viene Roberto el Diablo! y huyendo de él se encerraban en las cámaras,

pero Roberto sin seguirles ni hacer demostracion de causarles mal alguno; así anduvo Roberto por el castillo, hasta que llegó al cuarto en que estaba la duquesa su madre; y como hallase la puerta cerrada por dentro, comenzó á dar golpes y llamar á grandes voces; y temiendo la duquesa que derribára la puerta, le respondió rogándole que se fuese, mas Roberto con mucha humildad la rogó que le quisiese oir, prometiendo y dando palabra de no hacerle el menor daño, ni á ninguno del castillo; á lo cual la duquesa le abrió la puerta, y llorando muy amargamente se echó á los pies de su hijo; Roberto, movido de compasion por el llanto de su madre, suspirando de corazon y sus ojos hechos fuentes, la levantó del suelo. Sentados en un estrado sin tener otra compañía, empezó la duquesa á reprenderle con suavidad de tantos males como habia hecho, y Roberto la dijo: señora, esta es precisamente la causa de mi venida, porque no puede ser que vos ó el duque mi padre, no tengais alguna culpa en este mi mal vivir, y quisiera saber si vosotros fuisteis causantes de ello, para que mas facilmente pudiese yo enmendar mi vida.

Cuando la duquesa oyó la voluntad y buena disposicion de su hijo para entregarse á buen vivir, le saltaron nuevas lágrimas de sus ojos del gran gozo que recibió, abrazándole y besándole á menudo, y rogándole la quisiera perdonar; luego le contó por estenso cómo le habia ofrecido al diablo, de la manera que ya queda referido. Cuando Roberto oyó tales razones del gran dolor y pesar que tuvo, cayó desmayado en el suelo, y despues que volvió en sí, con abundantes lágrimas comenzó á decir: «Oh misericordioso y eterno Dios! cómo permitís que pague el hijo la culpa de la madre! Oh! pecador de mí, cuánto tiempo he servido al diablo sin tener conocimiento de mi perdicion! Oh maligno espíritu, cuántas cautelas y modos buscas para privarnos de la Gloria y cautivarnos en tus tristes cárceles, por cuyo camino desde mi infancia hasta este dia me has llevado, cegándome los ojos de la razon por el poder que mi madre te dió! Oh astuto y sagaz engañador, cómo conocistes del sexo femenino la fragilidad é inconstancia! Cómo lograstes de él lo que en ningun varon pudieras conseguir! Oh piadoso y misericordioso Jesus! tú, que rogaste por los que te crucificaron y digiste: *Padre, perdónalos que no saben lo que se hacen*; perdona á esta mi triste madre su gran yerro cometido, y á mí, mezquino pecador lo mucho que te he ofendido, y pon en mi corazon entera contricion de mis pecados, ábreme la carrera de tus mandamientos, como abriste el mar Rojo para los hijos de Israel.» Acabada esta súplica arrodillóse delante de su madre, la pidió perdon, besóla la mano, la rogó que le encomendase al duque su padre y le dijese que le pedia perdon de sus yerros. Decidle, añadió, que parto á Roma para ponerme á los pies del Padre Santo á confesar todos mis pecados.

Así llorando y sollozando se salió del castillo y montó en su caballo, quedando la duquesa muy asombrada de lo que acababa de suceder; llegó á poco despues el duque al castillo, y como hallase la gente alborotada y la duquesa llorando, preguntó luego si Roberto habia estado por allí, y si le habia hecho algun daño; la duquesa le contó lo que con él habia pasado, y el duque esclamó suspirando: Dios por su piedad quiera tener misericordia de él y le conduzca al camino de salvacion! Y despues se ocupó en consolar á la duquesa de la gran conmocion que le habia causado la novedad de su hijo.

Luego que Roberto partió del castillo, se fué á toda prisa para el monte, temiendo ser cojido por la gente de su padre; llegando á la casa que allí tenia, encontró á sus compañeros comiendo y divirtiéndose; luego que le vieron, todos se levantaron á recibirle, y se alegraron de su venida: él les habló muy cortesmente, los hizo sentar á todos, y despues que hubieron concluido de comer, les mandó estar en silencio y atentos á lo que les queria decir. Principió á traerles á la memoria los enormes atentados por ellos cometidos, que por el menor de ellos eran dignos de eterna condenacion, y les rogó que se confesasen é hiciesen penitencia de ellos, y de allí adelante viviesen como cristianos, que sirviesen á Dios, y no estuviesen en el monte sirviendo al demonio; y otras muchas reflexiones que les hizo para moverlos á obrar bien. Entonces uno de los principales tomando la palabra por todos, le respondió con gran descaro: señor, me parece que haceis burla de nosotros; tú que nos condujiste aquí y nos enseñaste á ser crueles y á ejecutar mas maldades de las que por nuestra natural condicion hiciéramos, y que en todo has sido el principal motor y guia, ¿ahora nos vienes predicando como el raposo á los pollos? En valde trabajas, porque nuestra voluntad es de seguir el camino que nos enseñaste, y pues que en este ejercicio habemos empleado parte de nuestros dias, en él proponemos continuar los que nos quedan, sea cual fuere nuestra suerte. Y los demas respondieron unánimes todos á una voz, que esta era su deliberacion. Roberto les requirió varias veces para atraerles al servicio de Dios y no perseverasen en el mal vivir, diciéndoles: que pues ya que él habia sido el primero y principal motor en el mal, que tambien queria serlo en la penitencia; y pues que le siguieron en lo uno, le siguiesen tambien en lo otro. Cuando vió Roberto que no les convencian sus razones, y considerando los grandes males que causarian segun el mal propósito que tenian, siendo él la principal causa de haberlos puesto en aquel estado de vivir, pesándole mucho de ello, resolvió dar fin de ellos porque de allí adelante no cometiesen mas maldades. Y esperando ocasion oportuna, así que los vió entregados al sueño, fué y tomó presto una hacha de armas, y empezó á dar hachazos y herir á dis-

crecion sin dar lugar á que dispertasen y se defendiesen, hasta que los derribó á todos en el suelo; y cuando ya los tuvo muertos dijo: *quien á buen señor sirve, buen galardon espera*: si bien me servísteis, tal como mereciais os he pagado. Despues quiso quemar la casa, mas se detuvo por las infinitas riquezas que en ella habia, y cerrando la puerta montó en su caballo, resuelto á emprender el camino para Roma.

CAPITULO V.

Despido tierno en la abadia.—Llegada á Roma y presentacion al Santo Padre.—Singular penitencia impuesta á Roberto.

Habiendo andado Roberto todo el dia y noche sin comer cosa alguna, á la mañana siguente llegó á una abadía (cuyo prelado era pariente suyo), en la cual habia hecho grandes daños. Roberto se apeó el caballo á la puerta de la iglesia y entró en ella á hacer oracion. Cuando los monjes le vieron, se asustaron de tal modo, que echaron todos á huir. Luego que Roberto hubo concluido la oracion, llamó á uno de ellos, y le rogó dijese al abad que se dignase de oirle, y que no tuviese temor, que ningun mal le haria á él ni á ningun otro del mundo. Entonces se bajó el abad á la iglesia acompañado de algunos monjes, y dirigiéndose Roberto á ellos, se hincó de rodillas, y les dijo: señores, yo he sido, en verdad, causador de grandes daños en vuestra abadía, de lo cual vengo á pediros por merced me querrais perdonar, porque así Dios nos perdone tambien á todos: despues que hubo hablado á la comunidad en general, se dirigió al abad y le dijo: yo os ruego, señor que me encomendeis á mi padre, y que le deis esta llave, que es de la casa en que me reunia con mis compañeros, y en ella hallará muchos tesoros y riquezas que hemos robado en diversas partes; y le direis que restituya toda aquella hacienda á sus dueños, y que yo voy á Roma á confesar y hacer penitencia de mis pecados. Cuando los monjes vieron el grande arrepentimiento de Roberto, dieron por ello infinitas gracias á Dios, y estuvo muy bien asistido en la abadía aquel dia y la noche, que el abad no le dejó partir. A la mañana siguiente, dejó el caballo y las armas, emprendiendo á pie el camino para Roma, y el abad envió la llave al duque, padre de Roberto, con la noticia de la conversion de su hijo, el cual aunque ya tenia conocimiento de ello, tuvo gran alegría; partió para el monte é hizo dar todos los bienes que halló en la casa á sus respectivos dueños. Dejemos ahora al duque, y sigamos á Roberto en su peregrinacion.

Despues de muchas penalidades y cansancio llegó á Roma Roberto el dia de Jueves Santo, en ocasion que el Padre Santo en la iglesia de San Pedro estaba celebrando los divinos oficios, y como su ardiente deseo no le dejase esperar mejor oportunidad, se introdujo entre el inmenso gentío poco á poco, hasta que llegó á los pies del Papa, no sin gran trabajo, porque los sacerdotes trataban de impedirle el paso; mas no por esto pudieron estorbarle de su propósito; y cuando se vió delante del Pontífice, llorando amargamente y á grandes voces, dijo: ¡Beatísimo Padre! por el mejor servicio de Dios, cuyo Vicario eres, te ruego que me oigas en confesion, y me impongas la debida penitencia para purgar mis pecados; y Su Santidad le dijo: quién eres tú, que tan grandes voces das en el templo de Dios interrumpiendo así la solemnidad de la funcion mas sublime que celebra la Iglesia? Y respondió Roberto: yo soy el mayor pecador del mundo, y vengo á tí, porque me des saludable penitencia de mis pecados, que son tan grandes, tan enormes, que no conviene decirlos aquí en público; y el Papa le repuso: ¿eres por ventura tú el que llaman Roberto el Diablo, de quien tantas maldades se dicen? Y Roberto dando un profundo suspiro, que pareció que le sacaban las entrañas, contestó que sí; entonces el Papa le dijo; yo te prometo delante de Dios de oirte despues de celebrar los divinos oficios. Entonces se apartó un poco Roberto, y oyó con mucha devocion los divinos oficios.

Despues de concluidos, Su Santidad le mandó llamar, y Roberto se hincó de rodillas con muestras de muy grande contricion, y empezó á declarar todos los acontecimientos de su vida, sin omitir que cuando le concibió su madre, le habia ofrecido al diablo. Entonces el Papa, despues de un rato de reflexion, le dijo: hermano, á tí te precisa ir á un monte á tres leguas de esta ciudad, donde hallarás un santo ermitaño, á quien informarás de tus faltas, le dirás que te envio á él, y te dará el remedio que conviene para la salvacion de tu alma; y dándole su bendicion le despidió.

Estuvo Roberto en la ciudad aquella noche, y al otro dia se marchó para el monte que se le indicó; anduvo por él buscando á todas partes, hasta que halló al santo ermitaño; y habiéndole encontrado, fué á postrarse á sus pies, y le dijo, que el Papa le enviaba á él para que le oyese en confesion; el buen ermitaño le tomó por la mano y le hizo levantar, alegrándose mucho de verle tan contrito llorando sus pecados; y despues de haber conversado un rato con él, le llevó á una capilla, donde con muchas lágrimas hizo una completa confesion de todos sus pecados; el ermitaño le mandó quedar en su compañía aquel dia y noche sin absolverle aun, diciéndole que queria interrogarle mas largamente. Venida la noche, el ermitaño hizo una cama junto á la capilla con un poco de heno para que durmiera Roberto, y él estuvo toda la

noche en oracion rogando á Dios por alcanzar el perdon de su penitente.

Ya iba á amanecer cuando el santo ermitaño vencido del sueño, y reclinado á un canto que le servia de cabecera, cerró los ojos para descansar, y estando en una especie de ensueño oyó una voz misteriosa que le decia: *Siervo de Dios, á este pecador que tienes en tu compañía, por disposicion del Altísimo le impondrás por penitencia de sus enormes culpas, que tiene de permanecer en la ciuddd de Roma, discurriendo por sus calles aparentando demencia y absteniéndose del uso de la palabra, sufriendo con paciencia y resignacion las burlas é insultos que pueda dirigirle el vulgo; tampoco podrá alimentarse de otra cosa mas que de aquello que echen á los perros y él les pueda quitar, debiendo continuar de este modo hasta que Dios sea servido disponer otra cosa, y asi alcanzará la entera remision de sus pecados.* Cuando el ermitaño dispertó quedó maravillado de tal revelacion; entró en la capilla donde encontró á Roberto entregado á la oracion y llorando, le llamó y le hizo poner de rodillas delante de sí, y luego le dijo: hermano, por inspiracion divina me ha sido revelada esta noche la penitencia que te conviene hacer por redimir tus pecados, y esta consiste en tener que andar por la ciudad de Roma sin hacer mal ni daño alguno á nadie; que te finjas loco y mudo, y asimismo no comerás cosa ninguna, salvo lo que pudieres quitar á los perros, y así andarás hasta que Dios disponga otra cosa; y en seguida le absolvió, y dió su bendicion. Luego que hubo recibido la absolucion, dió Roberto infinitas gracias á Dios de tantas mercedes y beneficios como le concedia por tan pequeña penitencia; despidióse del ermitaño, y se fué para la ciudad de Roma, con gran deseo de comenzar y cumplir su penitencia.

CAPITULO VI.

Resignacion ejemplar de Roberto.—Se introduce en el palacio del emperador.—Manifiesta su odio á los judíos, sirviéndole de tema para sus fingidas locuras.

Entró Roberto por la ciudad de Roma haciendo jestos con la boca y con los ojos, bailando y saltando por las calles como hombre ajeno de todo sentido, y en poco tiempo se reunió un gran número de muchachos que le seguian y maltrataban continuamente, el uno le tiraba lodo á la cara, otros zapatos viejos y otras suciedades que hallaban por las calles, y otros le apedreaban sin dejarle descansar, en fin, era objeto de burla para todo el mundo; mas Roberto nunca les decia nada,

ni jamás les mostraba mal semblante; y estando un dia delante del palacio del emperador muy acosado del hambre; tuvo por un acaso oportunidad de introducirse en palacio y penetrar hasta la sala donde estaba el mismo emperador comiendo; y haciendo su debida reverencia como hombre de cordura y de buena crianza; se quedó luego parado mirando al suelo; de repente dió un salto encima de un aparador, lo cual dejó á todos muy maravillados, y del aparador saltó en el suelo con una ligereza estremada, de modo que ningun estrépito se sintió en la sala; comenzó en seguida á andar, bailar, y hacer otros jestos y locuras, con lo cual se divertia el emperador y todos los que estaban en la sala. Tenia el emperador un mastin que jamás se apartaba de su lado, el mas feroz que pudiera hallarse, que ninguna persona osaba llegarse á él. salvo el mismo emperador, y dándole este un hueso, saltó Roberto con presteza y se lo sacó de la boca sin encontrar resistencia; en vista de lo cual se quedaron sumamente pasmados todos los que allí estaban, y conociendo el emperador que Roberto tendria mucha hambre segun la prisa que se daba en roer el hueso, movido de compasion, mandó que inmediatamente le diesen de comer, y en seguida le fué puesta una mesa á un lado de la sala con muchas y buenas viandas de todas clases; mas no quiso Roberto llegar á ellas, ni probar cosa alguna por mas que le invitaron; solo sí estaba observando si darian alguna cosa al perro para quitársela; y conociendo esto mismo el emperador, le echó un pan entero, y el mastin lo cogió y comenzó á comer, mas Roberto se lanzó presto debajo de la mesa, se apoderó del pan, le partió por medio dándole la mitad al mastin, y la otra mitad se lo guardó para sí, y sentado cara á cara con el perro comió su parte. El emperador se quedó aturdido de la gran mansedumbre que el animal usaba con Roberto, sin jamás haberle visto hacer cosa semejante.

Cuando hubo concluido de comer el pan, se levantó y fué por la sala paseándose y mirando á todas partes, unas veces andaba hácia atras, otras se dejaba caer, otras miraba al techo, y así haciendo mil estravagancias, vió abrir una puerta por donde se salia á un jardin muy deliciosc en el que habia una hermosa fuente; él se fué corriendo cuanto pudo para el jardin, se acercó á beber á la fuente, y así estuvo entretenido todo aquel dia sin salir del palacio: venida la noche anduvo buscando lugar conveniente donde descansar, y vió detrás de unas escaleras un poquito de paja donde tenia el podenco su cama; con mucho placer se fué á acostarse allí con él, y como le viesen algunos y se lo dijesen al emperador, mandó este que le diesen una cama en que durmiese, mas Roberto nunca quiso dejar aquel lugar por mas que le rogasen.

Es ciertamente cosa admirable este hombre que desde su niñez se

habia criado en grandes vicios y deleites, durmiendo en camas mullidas, habitando en palacios, vestir ropas muy costosas y comer manjares los mas delicados, á quien servian y acataban muy grandes señores, se le viese con tan grandísima resignacion, paciencia y húmildad, echado con un perro, y de la comida que se da á estos animales, tomar su sustento natural sin querer otra cosa alguna. Y con grande mansedumbre sufria además ser encarnecido de todos con una humildad y resignacion sin ejemplar. Verdad es que habiéndose Roberto entregado despues de su niñez á la vida aventurera, se acostumbró á sufrir toda suerte de privaciones y se habituó á la rudeza é inclemencia de los elementos, pero con todo, nunca se habia desprendido de su carácter orgulloso, por lo que es mas admirable su posterior humillacion.

Un dia fueron convidados en el palacio del emperador, unos personajes estrangeros con algunos nobles de la ciudad, entre los cuales se hallaba un comerciante judío de los mas acaudalados, y que además era tesorero general del emperador; comiendo estaban en la mesa, cuando entró Roberto en el salon informado ya de que entre los convidados habia un judío; sentia tanto ver á un infiel comiendo con los cristianos, que le daban tentaciones de arrojarse á él y quitarle de la mesa, lo que hubiese hecho sino fuera por no incomodar al emperador; pero para vengarse de él en algun modo, discurrió traza para hacerle alguna burla; y en efecto, tomó al podenco por los brazos, llegóse detrás del judío, le tocó por la espalda, y al tiempo de volver este la cara le arrimó la del perro, de modo que le hizo dar un beso con el hocico, de lo que quedó aquel muy corrido, y todos se rieron grandemente por lo gracioso del chasco y la sagacidad del fingido loco; pues en medio de sus estravagancias y caprichos procuraba ser agradable á todos los que le trataban, sin enojar ni causar perjuicio á ninguno; y así, de este modo cumplia su penitencia pasando por loco y mudo en todas partes.

Andando, un dia Roberto por una de las calles mas concurridas de la ciudad, haciendo mil gestos y contorsiones con un palo muy largo que llevaba, vió pasar una gran comitiva de judíos, que acompañaban una novia muy ricamente vestida; fué corriendo hácia ellos bailando, y con el palo empezó á sacudir á los judíos hasta que tuvieron que apretar á correr despavoridos; luego se fué á la casa de donde habian salido (que era la del novio), se introdujo en la cocina y hallando una gran olla de carne y otras viandas que tenian preparadas para celebrar la boda, se lo vertió todo por el suelo, saliéndose luego con su palo sin que nadie se atreviese á hacerle daño ni decirle nada; y por el mismo estilo hizo muchísimas travesuras, pegándola siempre con los judíos, todo lo cual llegaba á noticia del emperador, dándole motivo para reirse y causando diversion en los de su córte.

CAPITULO VII.

Rebelion promovido por un almirante contra el emperador.—Roberto provisto de caballo y armas defiende la causa de su favorecedor.—Por su valor se consigue la dispersion de los rebeldes.

En el mismo tiempo que Roberto andaba por la ciudad de Roma haciendo su penitencia, un almirante, vasallo del emperador, hombre de ilustre linage, pero muy ambicioso, feroz y de ruin condicion si bien esforzado y valiente en la guerra y muy sabio en política, hizo pedir la hija del emperador por esposa; y como este no la quisiese casar con él ni con otro, por tener el defecto de ser muda, el almiran- que no llevaba otra mira que la ambicion recurrió á las armas reuniendo gran número de gente de guerra partidarios suyos como asimismo muchedumbre de paganos, que en aquel tiempo confinaban con los romanos; apercibida, pues, toda aquella gente, y él por capitan de todos, entró por los Estados del emperador haciendo grande destruccion y daño en los pueblos y los campos.

Cuando el emperador supo la agresora invasion del almirante y los malos tratamientos que sus vasallos recibian y que estaba amenazada la seguridad de sus Estados, mandó luego que inmediatamente se juntasen en la córte todos los principales caballeros de su imperio, por saber si habia alguno que favoreciese las pretensiones del almirante; y despues que les halló á todos leales, y deseosos de poner sus haciendas y personas á su servicio, mandó que muy presto se armase toda la gente que se pudiese equipar para ir en contra de sus enemigos; reunidos que fueron y puestos sus capitanes como en tal caso se requeria, el emperador en persona se puso al frente de todos ellos, saliendo de la ciudad en buen órden, y al otro dia llegaron á donde estaban los enemigos esperándoles, y apercibidos ya de su venida; el emperador hizo disponer la gente en órden de batalla para batirse con ellos; se comenzó una muy reñida batalla que duró hasta que cerró le noche, perdiendo el emperador mucha gente, de modo que les fué forzoso el retirarse á un lugar que estaba cerca para reponerse de la derrota.

Al otro dia por la mañana el almirante envió un mensage al emperador, diciéndole, que saliesen á presentarle la batalla en campo raso, mas este estaba muy abatido por la pérdida de su gente y de los mas principales y esforzados capitanes, por cuya razon no osaba aceptar la batalla, temiendo de que sus armas llevasen la peor parte, y tuvo por mas oportuno fortificarse en el lugar, aguardando que le viniese so-

corro de sus parciales; mas conociendo el almirante la crítica situacion en que se hallaba su contrario, mandó luego atacar el lugar, por lo cual se vió obligado el emperador á salir de su posicion y presentar la batalla con la poca y desalentada gente que tenia.

Roberto continuaba habitando en el palacio del emperador, y al saber las fatales nuevas que habian venido á la córte, de la derrota del ejército se puso muy triste. Una mañana que salió al jardin para beber en la fuente como tenia de costumbre, despues de haber saciado su sed, se arrimó á un árbol poniéndose á discurrir en la desgracia del emperador y la pérdida de su jente deseando vivamente, si posible le fuera favorecerle, tanto por contribuir al esterminio de los revoltosos y enemigos del órden público, cuanto por rendir un tributo de gratitud y satisfacer en parte los beneficios que en el palacio del emperador recibia; y embebido en estos pensamientos oyó una voy que le dijo: «*Roberto, es preciso que tomes estas armas, cabalgues en este caballo y vayas á ayudar al emperador que está en muy grande peligro;*» y volviendo Roberto la cara vió junto á sí un caballo blanco muy hermoso con lucido arnés y una gruesa lanza con una espada; entonces hincó las rodillas, dió gracias á Dios, y con gran gozo se armó y montó ligeramente, dando algunas carreras por el jardin jugando la lanza y esgrimiendo como si estuviere entre los enemigos, creyendo que ninguno le veia: mas la hija del emperador que estaba asomada á una ventana de su aposento por distraerse mirando el jardin y la fuente, estuvo observándolo y le gustó mucho ver á Roberto armado y manejar la lanza.

Salió Roberto por una puerta escusada del jardin á gran prisa para el campo donde estaba el emperador con su gente, encontrándole en lo mas fuerte del combate, y que iba ya en completa dispersion. Cuando Roberto vió la gente desbaratada echó á correr hácia ellos animándolos y haciéndoles entrar en órden, logró hacerles volver á la batalla. Despues que los hubo juntado á todos, hizo apartar los heridos en parage seguro, y á los demas los puso en perfecto órden dando frente al enemigo. Todos le miraban maravillados al verle tan apuesto en el caballo y con el brio con que manejaba la lanza, y le obedecian sin ser conocido de ninguno de ellos. Luego con la lanza hizo señal á los suyos que le siguiesen, y como un leon bravo acometió á los enemigos, y en breve tiempo derribó mas de sesenta caballeros; y habiéndosele quebrado la lanza echó mano á la espada y comenzó á dar tajos, derribando caballos y hombres, de modo que muy pronto se hizo temer de sus contrarios por el empuje de su espada. Roberto les siguió con su jente hasta que los pusieron en huida, quedando por fin el campo por el emperador no sin haber recibido Roberto algunas contusiones. En seguida él se escabulló de entre la gente, y secretamente se volvió á Roma, se metió por la puerta del jardin que halló aun abierta, entró en él y

desarmóse muy presto; puso las armas encima de la silla del caballo, se metió en el palacio y el caballo desapareció. La hija del emperador que le vió marchar estaba ansiosa deseando ver cuando volvia, y efectivamente, estuvo en acecho y le vió llegar, desarmarse, y tambien como el caballo y las armas desaparecieron, de lo que se admiró tanto, que al contado lo hubiera referido todo á su padre sino le hubiese faltado el don de la palabra.

CAPITULO VIII.

Sigue Roberto peleando contra los enemigos del Estado.—Empeño del emperador para descubrir al héroe.—Recibe Roberto una herida.

Luego que el emperador vió á sus enemigos desbaratados y puestos en huída, tomó las disposiciones para volverse á Roma, donde fué muy bien recibido del pueblo; llegado que fué á su palacio entró Roberto en el salon donde estaba, y con ademanes chistosos fué á darle la bien venida; y como traia un rasguño en la cara que le dieron en la batalla, cuando el emperador se lo vió dijo con severidad: ¿quién habrá sido el insolente que ha lastimado á este loco en la cara? y contestó un caballero: señor, esto probablemente le fué hecho cuando estaba V. M. ausente de aquí; y seria conveniente mandar que ninguno se atreva á enojarle ni hostigarle en nada, pues que él á nadie hace daño: y el emperador así lo mandó, sopena de su indignacion y de un severo castigo; en todo lo cual estaba Roberto disimulando siempre como que ninguna cosa entendia.

Despues preguntó el emperador por el caballero que le habia ayudado en tan grande apuro como se habia hallado, y que tanta parte habia tomado en el combate, mas ninguno le pudo decir quién era ni dónde se le podria hallar; y dijo el emperador: quien quiera que sea, es el mas esforzado guerrero que yo haya visto en toda mi vida, y ciertamente que merece ser bien recompensado por su heróico valor. No es posible que otro caballero hiciera jamás lo que él hizo en mi favor. ¡Oh cómo quisiera conocerle por galardonarle el beneficio que de él recibimos, pues bien señalado era con su caballo blanco y sus armas lucidas y mas hermosas que las de otro alguno.

Cuando la princesa entendió que un caballero con caballo blanco enció en la batalla, tuvo gran placer y quiso decir por señas lo que ió á Roberto en el jardin, mas nunca la pudo el emperador compren er, por lo que mandó llamar unas entendidas señoras que tenian el argo de enseñarla y servirla, y las dijo, que observasen bien atentas

todas las señas de su hija, y que viesen s' entendian lo que queria decir; á lo que las damas contestaron: señor, V. M. sabrá que la señorita princesa, vuestra hija, dice por señas que el loco que habita en vuestro palacio seria el que venció la batalla, pues que le vió armado dirigirse al campo, que despues de la batalla le vió regresar, y desarmado que fué, desapareció maravillosamente el caballo y las armas. El emperador las dijo: señoras, ¿es posible que seais tan imbéciles? si no poseeis mas inteligencia y no mostrais mejor capacidad para enseñar á mi hija, yo os mandaré castigar, pues que en lugar de instruirla ofuscais mas sus sentidos: ¿cómo es posible suponer que un hombre falto de sentido y de razon hiciese tan grandes hazañas y diese tan atinadas disposiciones para alcanzar una victoria? Porque no solamente fué valiente en su persona, si que tambien mostró sagacidad y mucha astucia en el arte de la guerra: su saber é industria bastan en mi concepto para dirijir cien mil combatientes. Despues de estas razones, se despidieron muy avergonzadas las damas con la princesa, volviéndose á su habitacion, y el emperador quedó hablando con sus cortesanos del caballero que le ayudara, no encontrando términos suficientes para ensalzar debidamente su valor

De allí á algunos dias, el almirante, que á pesar de su derrota no habia desistido de su empeño y que no perdonó medio alguno para reponer su ejército, juntó hasta sesenta mil hombres entre descontentos del pais y estranjeros, vino otra vez sobre Roma, mas el emperador; salió de la ciudad con todos los romanos que en ella se hallaron para llevar armas, á hacer frente al enemigo, pero hubieran librado mal con el almirante y su gente, si Roberto no les socorriera por segunda vez, el que halló las armas y el caballo en el jardin como anteriormente, y entró en la batalla con tanto denuedo, que en poco tiempo fué conocido de una y otra parte, peleando con tanta ferocidad contra los infieles, que ninguno se le ponia delante ni le esperaban un solo golpe. Si mucho hizo en la primera batalla, mucho mas trabajó en la segunda: los capitanes del emperador no dejaban de observarle por verle manejar la lanza y herir con ella; y cuando vió que la victoria no era dudosa y que los del emperador tomaban sucesivamente el campamento y riquezas de los enemigos, muy discretamente se desvió de la gente y se entró en Roma sin ser conocido, ni observado de ninguno, solo si de la princesa, que le habia visto tambien armar y salir del jardin como la vez anterior, pues estaba cuidadosa esperando á que volviera, y le vió venir, desarmarse, y como desaparecieron el caballo y las armas lo mismo que antes; mas no lo dijo á ninguna persona, porque entendia que la darian el mismo crédito que anteriormente; y Roberto se entró en el palacio haciendo estravagancias como siempre lo tenia que hacer, por precision.

Venido el emperador de la batalla conseguida la gran victoria, mandó hacer una escrupulosa pesquisa en todos los caballeros por si sabia alguno, quién era aquel del caballo blanco que le sacó por segunda vez de tan grande conflicto; mas no pudo saber por entonces quien era por mas diligencias que se practicaron.

No se pasó mucho tiempo sin que el temerario almirante con mucho mayor poder y mayor número de combatientes tuviese la osadía de aprocsimarse hasta las puertas de la ciudad de Roma; luego que tuvo noticia de ello el emperador, quedó muy sorprendido y atemorizado por el gran poder que sus enemigos traian, aunque confiaba mucho con la ayuda del desconocido caballero que en tales peligros le favorecia; y con esta esperanza mas que con el esfuerzo de su gente, mandó apercibir á todos los caballeros y demas gente de armas tomar para acometer á sus enemigos; mas antes de salir de la ciudad, mandó que veinte caballos y treinta infantes tuviesen el cargo de apostar se en ciertos puntos y seguir al del caballo blanco (si se presentaba), y que de grado ó por fuerza se apoderasen de él y le condujesen á la córte. Salió pues el emperador de la ciudad con todo su ejército y fué á acometer á los enemigos.

Al mismo tiempo fué Roberto al jardin, y halló en él el caballo y las armas correspondientes y su lanza: quedó en un momento armado y montó en su caballo, se salió del jardin á todo escape sin ser visto, hasta que entró en el campo de batalla; y en seguida se le vió entrar en combate, derribar caballos y ginetes, despedazar armas y desbaratar cuanto se le ponia por delante, cuidando al mismo tiempo de que su gente conservase el órden con mucha diligencia, porque no entrase la confusion ni recibiesen tanto daño de los enemigos, que al par que eran muchos peleaban con feroz encarnizamiento; pero en breve tiempo hizo tanto destrozo en sus filas, que el almirante solamente con cincuenta caballeros, se salvó á uña de caballo, y los demás quedaron unos muertos y otros heridos y maltratados en el campo; en cuanto Roberto vió la victoria decisiva, se quiso separar de la gente como hizo las otras veces, pero los caballeros é infantes que estaban sobre el aviso, así que le vieron salir de entre la tropa, le atajaron el camino; él así que los vió, variando de direccion, empezó á huir á rienda suelta al través de los campos por no ser cogido. Uno de los caballeros que llevaba el caballo muy ligero, le siguió gran trecho á carrera tendida, sin conseguir darle alcance; y cuando vió que se le iba alargando, le tiró la lanza que llevaba, é hirió á Roberto en un muslo, quedándole un trozo de hierro dentro; mas ni por eso dejó de correr hasta que consiguió meterse en el jardin sin ser descubierto de persona alguna, salvo de la princesa, que estaba siempre en acecho desde la acostumbrada ventana. Cuando se hubo desarmado, desapareció el

caballo y las armas. Pensando que no le veiá nadie, se arrimó á un árbol para curar su herida, sacó el hierro que tenia dentro, y lo escondió debajo de una piedra cerca de la fuente, y despues se puso ciertas yerbas en la llaga para restañar la sangre, guardándose cuanto podia de cojear: se entró en palacio haciendo mas locuras de las que solia, por disimular que estaba herido, y en aquel instante entró el emperador que acababa de llegar y poco despues el caballero que hirió á Roberto, el cual refirió á S. M. como no le habia podido dar alcance por mas que le persiguió á todo correr, pero le habia herido y que el hierro quedó clavado en el muslo; el emperador quedó muy satisfecho de ello, y mandó que se buscase escrupulosamente por toda la ciudad, si se hallaba un caballero que tuviese una herida de aquella especie y hubiese montado caballo blanco; mas no se halló tal caballero en todo Roma, por mas diligencias que se practicaron; y como el emperador estuviese muy deseoso y tuviese mucho empeño de saber quién era el generoso caballero á quien debia tan grandes beneficios para recompensar su mérito, mandó pregonar por toda la monarquía, que el caballero que en las batallas dadas contra el almirante se presentó con caballo blanco arrollando y desbaratando las huestes enemigas, quien quiera que fuese, que viniese á la córte y se manifestase, que en galardon de sus nobles hazañas, el emperador le daria su hija por muger (si se conformaba con la falta física de la princesa) y además la mitad del imperio.



EL ALMIRANTE SE PRESENTA A LA CÓRTE FINGIENDO SER EL VENCEDOR.

CAPITULO IX.

Perfidia del almirante para satisfacer su ambicion.—La princesa es dotada del uso de la palabra y descubre el engaño.—El ermitaño anuncia á Roberto que ha cumplido su penitencia.—Celébrase la boda de Roberto con la princesa.

HABIENDO llegado á noticia del almirante el pregon del emperador, se alegró mucho de ello, pues pensando por este medio venir á conseguir lo que su ambicion tanto deseaba, movido por la codicia y ambicion de mando no menos que por su pasion amorosa hácia la princesa, que aparte de la falta del habla era de una hermosura admirable, por casarse con ella y suceder mañosamente en el mando del imperio, se hizo traer un caballo blanco, despues tomó un hierro de una lanza y se lo introdujo en el muslo; y en compañía de dos ó tres personas de su confianza se fué para Roma, en donde solicitó del emperador que se dignase de oirle en audiencia especial; y obtenido el permiso de S. M. se presentó á palacio, maravillándose mucho el emperador de su venida: el almirante le dijo que él era el guerrero del caballo blanco, que en las tres batallas peleó á su favor; y el emperador despues de haber pensado un poco, le dijo: ¡cómo es posible eso! ¿No sois vos el almirante que se declaró mi enemigo? ¿Cómo es probable que nadie pueda ir contra sí mismo? El almirante, como hombre osado y muy cauteloso, respondió: señor, no se maraville V. M. de las cosas que haga un hombre preso de amorosos lazos: el amor encendió su poderoso fuego en mi pecho, cuyas ardientes llamas abrasan mis entrañas por vuestra única hija la princesa, siendo ella ignorante de todo, y solo amor me movió á haceros aparentemente guerra pero con la idea de serviros en ella, como os serví contra mi gente hurtándome de ella al tiempo de la pelea y de vuestro mayor apuro; y veis aquí el hierro de la lanza, y tambien la llaga que vuestro caballero me hizo por conocerme. Cuando el emperador vió la llaga y el hierro de la lanza, tuvo por muy verdadero lo que el almirante decia.

Vamos á que en tanto Roberto cumplia su penitencia sin cesar de rogar á Dios le quisiese perdonar sus pecados, se hizo capaz de la misericordia de Dios, y quiso su divina Magestad dar fin á sus padecimientos sacándole del estiercol donde yacia entre los perros, y sentarlo algun dia en la imperial silla, quiso que el que era menospreciado y escarnecido de todos, fuese por su gran humildad ensalzado, acatado y

honrado de todos. Estando pues, el almirante continuando sus pretensiones en la ciudad de Roma, como dijimos, el santo ermitaño confesor de Roberto. tuvo una revelacion en que se le ordenaba se fuese á Roma, y advirtiese, á su penitente que era cumplida, la voluntad de Dios y que habia quedado muy contento y satisfecho de su penitencia, y por lo tanto que hablase ya de allí adelante.

El santo ermitaño dió gracias á Dios, y muy gozoso salió del monte encaminándose para la ciudad de Roma, en busca de Roberto, pues ignoraba que residia en el palacio del emperador, y como hubiese andado toda la ciudad sin tener noticia suya, muy congojoso y apesadumbrado pensó en ír al palacio de su Santidad por ver si le darian alguna razon de él, pero antes quiso entrar en la iglesia de San Pedro á hacer oracion. En el mismo instante llegaron al templo el Padre Santo y el emperador, que habiéndose dispuesto ya el enlace de la heredera del trono, iban con gran número de ciudadanos romanos y un lucido acompañamiento á celebrar los desposorios del almirante con la princesa, la cual, contra su voluntad, despues de haberse cruelmente herido y desfigurado su delicado rostro, pues que solo ella sabia la traicion del almirante, por cuya falsedad le odiaba en estremo, y solo por no faltar á la obediencia de su padre hubo de consentir en el casamiento. Llegados á la iglesia, y en el acto que el preste los iba á desposar, recobró milagrosamente la princesa el don de la palabra y le dijo al emperador su padre: señor, dad gracias á Dios, que por su infinita misericordia me ha restituido el habla, para que la gran traicion del almirante sea conocida públicamente, y su venenoso é infame deseo no llegue á consumarse. Así declaro, que con la mayor falsedad ha afirmado que él venció las batallas, pero el que en realidad ha sido el verdadero y legítimo vencedor, y os ayudó con él y la gente, está en vuestro palacio: yo le ví armar tres veces, montar en un caballo blanco, y salir por la puerta escusada del jardin en favor vuestro, y vencida la batalla, volvia por la misma puerta, se desarmaba muy prontamente, y luego desaparecian milagrosamente el caballo y las armas; y la tercera vez le ví venir malamente herido en un muslo, del cual sacó un hierro de la lanza y le enterró debajo de una piedra junto á la fuente que está en el jardin de vuestro palacio, todo esto lo ví desde la ventana de mi habitacion, y lo afirmo bajo palabra de juramento.

Cuando su Santidad con el emperador y todos los allí presentes vieron el gran milagro, y asimismo notaron la gran turbacion del almirante, quedaron muy pasmados, y su Santidad dijo: noble doncella, declarad quién es el esforzado y benemérito caballero que con tanto valor defendió la causa de vuestro padre, porque no sea defraudado de lo que con tanta justicia merece; y la princesa le contestó: Su Santidad verá en el palacio de mi padre atestiguada la verdad de todo lo

que digo, y á mayor abundamiento verá el hierro de la lanza, como asimismo el propio caballero que con su esfuerzo y valor es capaz de vencer á todos los caballeros del mundo, al propio tiempo que en humildad ninguno le iguala.

Concluida esta relacion, en el mismo órden que vinierón á la iglesia se volvieron al palacio del emperador, y el almirante ingeniosamente se fué desapareciendo entre la multitud muy confuso y como un desesperado: el santo ermitaño que estaba en la iglesia, siguió al Papa y la demás gente, por ver el prodigio; y cuando llegaron al palacio, la princesa los llevó al jardin, sacó el hierro de donde lo enterró Roberto, y el caballero trajo la lanza con que le hirió, y uniendo los dos pedazos quedó comprobado ser aquel el verdadero hierro sin ninguna duda: despues fueron á la escalera donde estaba Roberto echado con el podenco; que le lamia la llaga sin tener otro cirujano: el emperador le llamó para hacerle mirar el muslo, mas Roberto al ver á su Santidad y la princesa con tanta multitud de gente, sospechó la causa de su venida, y por no ser reconocido mostró estar del todo fuera de sentido y comenzó á burlarse de todos, haciendo gestos muy disformes, y cuando le decian algo volvíase á juntar con el podenco. Entonces su Santidad le dijo: yo te mando de parte de Dios que hizo el cielo y la tierra, que si tienes facultad de hablar me respondas á lo que te preguntamos. Cuando Roberto le oyó hablar así, pensó escabullirse de ellos y huir, por esconderse donde no le hallasen; y levantándose muy pronto con el perro en los brazos, dió tres ó cuatro saltos por entre la gente por salirse de ellos, pero cuando se hubo puesto en pie, el ermitaño que estaba allí tuvo ocasion de verle el gesto y conocerle: adelantóse cuanto pudo por llegar á él y le dijo: amigo, ya no debes ocultar por mas tiempo tu verdadero nombre, que es el de Roberto, que dicen, el Diablo, pero en adelante tendrás otro mas agradable, que es Hombre de Dios, conviene que hables ya, porque tu penitencia es cumplida y Dios está muy satisfecho de ella, y á esto solo soy enviado. Entonces Roberto llorando de puro gozo, hincó las rodillas en el suelo y alzando las manos al Cielo dijo: ¡oh Dios Todopoderoso, fuente de misericordia y de piedad! ¡Cuánta es la merced que hoy recibe este indigno siervo, y cuánto bien por tan simple trabajo! Ruégote por tu inefable bondad, que en todo tiempo te quieras acordar de mí, porque no me desvie jamás de la carrera de tus mandamientos, y te merezca alabar y bendecir para siempre!

Cuando el Padre Santo y los demás que estaban presentes oyeron tan acertadas razones de Roberto y el grande sosiego suyo, quedaron muy maravillados. La princesa en particular, quedó de ello muy alegre y en estremo complacida, con la esperanza de que aquel habia de ser su marido; porque sus comportamientos y grandes hazañas le habian

ya introducido algunas centellas de amoroso fuego en sus castas entrañas, y su graciosa habla fué mayor motivo para que de las mas pequeñas chispas procediese un poderoso fuego, cuyas llamas por todas las partes de su cuerpo prendieron el corazon y cautivaron su libertad, sojuzgando los sentidos para que Roberto jamás no se apartase un instante de su memoria. El emperador ofreció á este que se dignase aceptar por esposa á su hija, pues que de voluntad se la daba, supuesto que tan merecida la tenia, y con la condicion que despues de sus dias le sucederia en el imperio. Mas Roberto no quiso aceptar por entonces tan brillantes ofertas, escusándose que le convenia ir á una romería y cumplir ciertos votos; y tan solamente estuvo aquel dia y noche con el emperador, y al otro dia se despidió de él y de todos los cortesanos marchándose de Roma. Su objeto era ir al monte y consultar con el santo ermitaño si debería ó no contraer el matrimonio que se le habia propuesto.

Quedó pues el emperador muy desconsolado como asimismo los caballeros, y muy particularmente la princesa, y así estuvieron bastantes dias que no supieron de su paradero. A poco tiempo de estar Roberto con el santo ermitaño, este por mandato del Cielo, le dijo, que Dios le ordenaba fuese á Roma, que se casase con la hija del emperador, y que de ellos descenderia una generacion agradable á nuestro Dios y Señor: Entonces salió Roberto del monte y se partió para Roma, donde fué muy bien recibido del emperador y su córte, los cuales creyeron que venia de la romeria segun él les habia dicho al marcharse.

De allí á pocos dias se verificó el casamiento con la princesa, y fueron celebradas las bodas con tanta solemnidad como correspondia para la hija de tan gran señor y tan distinguido caballero, pues reconociendo el emperador los señalados servicios que habia recibido del desposado, quiso darle una prueba ostensible de la gran satisfaccion que le cabia en adoptarlo por sucesor de su trono. Grandes preparativos se hicieron de órden de S. M. para celebrar con toda pompa tan fausto acontecimiento; iluminóse profusamente la ciudad, vistiéronse las fachadas con ricas colgaduras, comparsas de músicas recorrian constantemente las calles y plazas; en fin, así los torneos como toda suerte de diversiones tuvieron lugar por espacio de muchos dias. Estuvo Roberto tres años en la ciudad de Roma disfrutando con gran placer la dulce compañía de su esposa. Despues de este tiempo recibieron la noticia de que su padre el duque Auberto de Normandía habia muerto, por lo cual pidió licencia al emperador para ir á su patria, en compañía de su mujer, y el emperador viendo la justa razon que Roberto tenia, aunque con grande pesadumbre de su partida le hubo de dar licencia, y se partieron los dos esposos de Roma, con muy grandes preces y dádivas, acompañados de una numerosa y lucida comitiva.

CAPITULO X.

Roberto sofoca una rebelion en Normandía.—Emoajada del emperador reclamando el auxilio de su yerno.—Muerte alevosa del emperador y el asesino recibe el castigo de su crimen.—Roberto es proclamado emperador de Roma.

Habiendo llegado Roberto y su esposa con toda felicidad á la capital de Normandía fueron recibidos de todos los caballeros y del pueblo en general con todos los honores correspondientes á su clase, y con grandes muestras de júbilo, pues en cuanto tuvieron noticia de su venida, se apresuraron en disponer todas las diversiones y festejos públicos que estaban en uso en aquella época, de modo que su entrada en el palacio fué verdaderamente triunfal. La duquesa su madre, que desde la pérdida de su esposo vivia muy retirada y llena de tristeza, se la desvaneció en gran parte con la inesperada venida de su hijo á quien tuvo el placer de estrechar entre sus brazos: este le hizo una relacion muy estensa de todo cuanto le habia pasado en Roma, de lo que quedó asombrada la duquesa.

A los pocos dias de su llegada, informaron á Roberto de que despues del fallecimiento del duque su padre, un aventurero súbdito suyo se habia levantado con una partida de gente, fortificando un castillo desde el cual hacian sus correrías, causando infinitos daños y perjuicios á los Estados de la duquesa viuda, en vista de lo cual, mandó Roberto un parte al gefe de los rebeldes intimándole, que inmediatamente depusiese las armas y se presentase sin dilacion á la córte á prestar sumision y obediencia á su señor, y como la contestacion fuese por la negativa, fué preciso que Roberto, reuniendo un número suficiente de gente armada, saliese á batir aquella fortaleza; verificado el ataque penetraron á viva fuerza dentro del fuerte matando á cuantos allí encontraron, escepto el cabecilla que fué llevado á la ciudad de Ruan, donde le quitaron la vida, siendo descuartizado como traidor.

Dos años hacia que el duque Roberto vivia pacíficamente en su país en compañía de su esposa y su madre, disfrutando de una paz y tranquilidad envidiables, cuando recibió la noticia de que el almirante aprovechando su ausencia, y deseoso de vengar la afrenta que recibió al irse á desposar con la princesa, habia penetrado en los Estados romanos con un numeroso ejército, abrasando villas y lugares, matando las gentes indefensas, talando campos y cometiendo toda especie de

atrocidades; y como el emperador tuviese mayor confianza en el valor y disposicion de su yerno el duque Roberto, que en ninguno de los caballeros de su imperio, se apresuró á enviarle mensajeros, encargándole que sin demora alguna se pusiese en camino para ir á socorrerle contra el almirante, que se habia presentado hasta las puertas de la capital. Llegados los mensageros romanos á la ciudad de Ruan, donde á la sazon se hallaba el duque Roberto segun se ha dicho, este los recibió con las ceremonias debidas, y enterado que estuvo de su embajada, mandó que con la mayor brevedad posible se equipasen hasta treinta mil hombres normandos, dejando encargado el gobierno del ducado á un inteligente caballero de toda su confianza, y á su esposa en compañía de su madre, y él se puso á la cabeza de aquella fuerza emprendiendo la marcha á largas jornadas.

A su llegada á Roma se encontró con la inesperada novedad de que el emperador acababa de ser muerto en una batalla á manos del almirante: al oir Roberto tan infausto acontecimiento, lleno de furor y coraje, hizo en seguida disponer á toda cuanta gente armada habia en Roma, y unidos con el refuerzo que trajo consigo, salió de la ciudad con grandes deseos de encontrar al almirante para retarle á un combate parcial y vengar la alevosa muerte cometida en la persona del emperador, su suegro. Salió al frente de su numerosa y entusiasmada hueste, y apenas habrian andado poco mas de media legua divisaron el campo de los enemigos, los cuales estaban formados en un llano en órden de batalla; el duque Roberto dividió su ejército en tres columnas y él se puso al frente de la del centro. Dada la señal se pusieron todos en movimiento, y á poco tiempo el combate se hizo general; la sangre corre en arroyos, los guerreros caen y el campo se cubre de cadáveres. El duque, montado en un famoso caballo y espada en mano, se arroja entre el tropel desesperado y fuera de sí; lleno de ardor y cólera busca el peligro con ojos codiciosos, y acomete, desune, derrota los espesos escuadrones, vuela en medio de las lanzas, inunda de sangre la tierra, busca el peligro, le provoca y desprecia á un tiempo. Ligero y temido como el rayo, discurre por entre los enemigos sembrando la muerte y terror; ábrese paso entre sus víctimas que caen amontonadas, y aguija el fatigado caballo que apenas puede pasar sobre las armas y los cadáveres.

En medio de la horrenda carnicería, del tumulto y de los gritos de los fugitivos, el héroe cree descubrir al almirante al divisar un caballero montado en un brioso caballo, que traia un yelmo dorado con una lucida armadura y muy pertrechado de armas; se dirige á él, le hace seña que se ponga en defensa y ambos se acometen á un tiempo: el caballero dirige la lanza sobre su contrario; el duque evita el golpe y de un revés desguarreta al impetuoso animal. El guerrero cae, Ro-

berto descarga el brazo sobre él y le hace morder la tierra hiriéndole gravemente; luego mandó á los suyos que lo llevasen á Roma, diciendo que allí se le daria el castigo merecido á su alta traicion: oyendo esto el caballero, se volvió á Roberto, y con débil voz le dijo: te ruego por mi nombre que no quites la honra y fama de mi nobleza ya que quieres quitarme la vida, ni al tiempo de morir me pongas un nombre infamante que jamás merecí en toda mi vida. Entonces el duque Roberto le interrogó diciendo: ¿pues no eres tú el almirante que asesinaste vilmente y sin causa á mi señor el emperador? A lo que le contestó el interpelado diciendo, que el almirante no tenia tales armas ni escudo, que las que llevaba eran bastas y deslucidas por no ser conocido, y solo se distinguia por tener un leon negro en el escudo, y que montaba en un caballo rubio; acabado de dar estas esplicaciones espiró. Roberto, que todo su afan era encontrarse con el almirante, se precipita otra vez en lo mas reñido del combate como un fiero leon, siempre mirando si podia descubrir al que era objeto de su ódio; vióle al fin en ocasion que estaba haciendo gran destrozo en los romanos, y asegurándose de que era él mismo por las señas que le habia dado el difunto caballero, tomó una fuerte lanza, se dirigió á él, le llama y le reta en alta voz; el almirante le responde, ambos se reconocen y corren á encontrarse; ambos en fin se separan de sus tropas y se encuentran cara á cara. Dios de las batallas! ¿Quién podrá pintar la fuerza, el ódio, la rabia de estos implacables rivales? ¿Quién podrá esplicar el furor ciego, el deseo de venganza, la sed ardiente de sangre que á ambos devora? Al modo que dos águilas furiosas hienden el aire con las veloces alas y caen al encontrarse, así los dos guerreros se arremeten, se juntan en medio de su carrera, y al golpe caen los caballos. Levántanse al punto, y sin atender á sus vidas, sin pensar en los escudos, con espada en mano acércanse y descargan sus brazos: el acero corta el hierro y sus corazas despiden vivo fuego.

El impaciente Roberto arroja el escudo, da hácia atrás tres pasos, empuña el formidable alfange, y volviendo como un rayo descarga sobre su enemigo partiéndole la coraza, y la punta se abre en el pecho una ancha herida de donde mana la sangre. El almirante con una rodilla en tierra, Roberto lleno de esperanza quiere segundar; le hiere de nuevo dejando la espada en las entrañas de su antagonista y palpitante cae al suelo bañado en su propia sangre. Apenas los del bando del almirante vieron á su jefe vencido y muerto, cuando empezaron á desbandarse y entrar en ellos la confusion. El invencible Roberto junta á sus fatigados soldados, los anima para hacer el último esfuerzo, y dada la señal se arrojan con ardor contra sus enemigos, los arrollan por todas partes y los ponen en precipitada fuga, dejando la tierra sembrada de muertos.

Sus nobles escuadrones le victorearon, y en perfecta formacion tomaron el camino de Roma, donde recibidos con entusiasmo y alegria general hicieron su triunfal entrada.

El cadáver del almirante fué llevado á la ciudad y al dia siguiente se mandó fuese arrastrado por las calles y plazas mas públicas, siendo en seguida descuartizado por mano del verdugo.

Despues mandó Roberto que se celebrasen en todas las iglesias de Roma y particularmente en la Basílica de San Pedro, las mas suntuosas y solemnes exequias por el alma del emperador su suegro. Conforme á lo que dejó el difunto emperador, se procedió á la proclamacion de su sucesor, por lo que Roberto llegó á ocupar el trono, siendo reconocido por soberano de todos los Estados romanos, cuyo advenimiento fué celebrado con grande júbilo y ostentacion.

CONCLUSION.

Colocado el prudente Roberto en el trono, estuvo sériamente discurriendo sobre la nueva posicion en que las circunstancias le habian elevado, resolvió pues permanecer en Roma, empleando cerca de un año en arreglar con el mayor acierto todos los negocios del Estado, poniendo en todas las fortalezas y ciudades gobernadores adictos á su persona; y despues de haber dejado interinamente un lugar-teniente de toda su confianza para regir el gobierno superior del imperio, se volvió para Normandía. Todas las autoridades y nobleza de la ciudad de Ruan, le salieron á recibir y darle el parabien. Su madre y su amada esposa recibieron un gozo indecible por su venida, abrazándole con la mayor ternura y llenándose mútuamente de caricias.

Durante la ausencia de Roberto, su esposa habia dado á luz un hijo que le llamaron Ricarte, y le dieron el título de duque de Normandía, el cual fué con el tiempo muy esforzado y valeroso caballero, distinguiéndose en muchas batallas, haciendo señaladas hazañas como se lee en las crónicas francesas.

Finalmente, nuestro héroe Roberto con su esposa, regresaron á Roma, donde tomando posesion del trono imperial, hallaron el contento y la tranquilidad, gobernando mucho tiempo con la dulzura y justicia que era la base de su conducta. Tuvieron además otros hijos, los que instruyeron en los mas puros principios de la religion católica y sana moral; llegaron á una edad avanzada disfrutando hasta el resto de sus dias la felicidad y quietud del alma, que es el mejor fruto que la práctica de las virtudes proporciona en la tierra.

FIN.